



## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del anterior

### ESCENA PRIMERA

JUANA y luego ELENA

- JUANA (Limpiando la habitación.) Las ocho y sin saber lo que ha pasado con la nodriza. ¡Y yo esperándole anoche hasta las dos! ¿Por qué no habrá venido?
- ELENA (Bajando la escalera.) Oiga usted, Juana.
- JUANA Buenos días, señorita. ¿Qué tal ha pasado usted la noche?
- ELENA Muy mal; no he podido pegar los ojos.
- JUANA ¿Ha estado usted mala? ¿Por qué no ha llamado usted?
- ELENA No; de salud estoy bien.
- JUANA Me alegro.
- ELENA Pero, ¿no sabe usted lo que pasa?
- JUANA ¿Qué pasa, señorita?
- ELENA ¿Usted sabe dónde está Santa Cruz de Tenerife?
- JUANA No conozco esa iglesia.
- ELENA Si no es iglesia, mujer; si es una población.
- JUANA Pues no sé dónde estará, pero en la provincia de Guadalajara no debe ser.
- ELENA ¡Qué ha de ser! ¡Si está lejísimos! En las islas Canarias.
- JUANA ¡Qué barbaridad!
- ELENA Bueno; pues Ramiro se marcha hoy á Santa Cruz de Tenerife.



JUANA ¿Que el señorito Ramiro?...

ELENA Eso me dijo anoche don Celedonio.

JUANA ¿Pero él no le ha dicho á usted nada?

ELENA Nada absolutamente.

JUANA ¿Y á qué se va tan lejos?

ELENA ¡Toma! Pues no lo sé.

JUANA ¡Oiga usted, como no sea que vaya á recoger alguna herencia!...

ELENA Eso he pensado yo, porque según me contó el otro día tiene una tía muy rica en Canarias.

JUANA Si es eso, menos mal.

ELENA Sí que sería menos mal; pero ha debido despedirse de mí y no darle el encargo á don Celedonio... ¿Verdad que eso no está bien hecho?

JUANA Está regular.

ELENA Anoche, aprovechando el insomnio, le escribí una carta de nueve carillas que van á tener que leer.

JUANA ¡Si que tendrá!

ELENA Aquí está. (Sacándola del bolsillo.) Haga usted el favor de decirle al jardinero que se la lleve inmediatamente y dele usted esto para el tranvía. (Dándole unas monedas.)

JUANA Está bien, señorita. (Ahora verá si Manolo anda por ahí... Me choca mucho que no haya venido todavía.) (Vase por el foro derecha.)

## ESCENA II

ELENA y MARGARITA. Luego DON GUMERSINDO y JUANA

ELENA Le quiero muchísimo; pero eso de despedirse así... no se lo tolero.

MARG. Buenos días, Elena. (Por la escalera.)

ELENA Buenos días, Margarita. (Se besan.)

MARG. ¿Has descansado bien?

ELENA Muy mal. Estoy de un humor que no se me puede sufrir.

MARG. ¿Qué te pasa?

ELENA ¿Te parece regular lo de mi señor don Ramiro? Despedirse de ese modo, sin decirme siquiera: me tengo que marchar por esto ó por lo otro.

MARG. No seas niña. Ya vendrá hoy á decirte adiós.

ELENA Es que como no venga me va á tener que oír.

MARG. Si no viene, no te oirá.

ELENA Bueno; cuando vuelva, porque yo me figuro que no se quedará en Canarias toda la vida.

MARG. ¿Qué chiquilla eres! ¿Se ha levantado ya don Celedonio?

ELENA A las siete de la mañana, cuando yo abrí el balcón de mi cuarto, ya andaba él por el jardín.

MARG. El que se ha levantado hoy de muy buen temple es tu papá.

ELENA ¿Sí? Menos mal.

MARG. No le he visto nunca tan cariñoso ni tan amable. Ahí baja.

GUM. (Por la escalera.) Muy buenos días, hija mía. (Margarita coge un periódico y va á la ventana á leerlo.)

ELENA Buenos días, papá. ¿Cómo has pasado la noche?

GUM. Perfectamente, es decir, regular; pero ahora estoy perfectamente. Hija mía, ya sabes que yo te quiero con toda mi alma.

ELENA Ya lo sé, papá.

GUM. Y que no deseo otra cosa que tu felicidad. Mi único anhelo sería...

ELENA ¿Qué, papá?

GUM. No; nada. Vete á tomar chocolate.

ELENA Ya lo he tomado.

GUM. Bueno; pues decid que me preparen el mío, con tostadas, con muchas tostadas.

MARG. Lo tomaremos juntos. ¿Vienes, Elena?

ELENA Voy arriba á mi tocador. (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

GUM. Hasta luego, hija mía. Ya sabes que tu padre no sueña más que con hacerte completamente feliz.

ELENA Ya lo sé. Pero, ¿por qué hablas así?

GUM. Te hablo así porque... Anda, vete al tocador.

ELENA (¡Cosa más rara!)... ¿Qué le pasará á mi papá?) (Vase por la escalera.)

GUM. De buena gana le diría: «Yo deseo que...»



Pero Celedonio me ha mandado callarme y cumpliré lo prometido... Voy á ver si se ha levantado. (Se acerca á la puerta segunda derecha y llama.) ¿Se puede?... No contesta. Estará durmiendo todavía. ¿Se puede?

JUANA (Por el foro derecha.) ¿A quién llama usted, señor?

GUM. ¿A quien ha de ser? ¡Al huésped!

JUANA Si está en el jardín.

GUM. ¿Sí? (Se dirige á la ventana.)

JUANA Ahí está arreglando los rosales de debajo de esa ventana.

GUM. Ya podía yo estar llamando.

JUANA (Pues, señor, Manolo no parece. ¿Qué pasará, Dios mío?) (Vase por la segunda izquierda.)

GUM. Buenos días, hombre, buenos días. (Desde la ventana.) Perfectamente. ¿Y tú?—Me alegro mucho.—Deja, no te molestes; ya lo arreglará el jardinero. Sube, sube. (Se retira de la ventana.) ¡Qué buena persona es este Celedonio! Cuidado que yo he tenido amigos en esta vida; pero como éste ¡quía!; como éste no hay otro en el mundo. (Se sienta á la izquierda de la mesita y lee un periódico.)

ESCENA III

DON GUMERSINDO y DON CELEDONIO. Luego JUANA Más tarde MARGARITA

CEL. (Por el foro derecha, con un traje distinto al del acto anterior.) (La altura no es mucha, pero el batazo debió ser mayúsculo. ¡Bueno ha puesto el macizo de rosales!) ¿Conque tú tan madrugador como siempre?

GUM. No lo puedo remediar. A mí me alimenta la cama.

CEL. Te alimenta, pero no te quita el apetito. (se sienta en la butaca.)

GUM. Al contrario, me lo abre. (1)

CEL. A las seis de la mañana ya estaba yo tomando el fresco en el jardín.

(1) Celedonio—Gumersindo.

GUM. Habrás extrañado la cama.

CEL. ¡Quía! Yo no extraño esas cosas. Dormí toda la noche como un bendito. Nada hay que favorezca tanto el sueño como la satisfacción de haber cumplido con su deber.

GUM. Es verdad. Eso me pasa á mí. Yo he despertado esta mañana más contento que unas Pascuas. (Se levanta.)

CEL. Más vale así.

GUM. Anoche tuve una pesadilla horrible.

CEL. ¿En qué quedamos?

GUM. En que tuve una pesadilla horrible.

CEL. Haz el favor de explicarte, porque no veo la relación...

GUM. Estaba deseando hablar contigo para abrirte mi pecho. (Coge la silla de la derecha de la mesa y se acerca á Celedonio.)

CEL. Cuenta, cuenta.

JUANA (Desde la segunda izquierda.) ¡Señor!

GUM. ¿Qué hay?

JUANA Dice la señora que el chocolate se está enfriando.

GUM. Pues que lo calienten. Ahora no puedo ir. (Vase Juana.) ¿Tú no te habrás desayunado?

CEL. Hace dos horas.

GUM. Bueno; pues verás lo que he soñado. (Se sienta al lado de don Celedonio.)

CEL. Alguna barbaridad.

GUM. Anoche me acosté preocupado con todo lo que tú me contaste.

CEL. Supongo que no habrás dicho una palabra.

GUM. Ni esto. Me impusiste el secreto, y lo he cumplido.

CEL. Muy bien. Sigue.

GUM. Pues preocupado con todas aquellas cosas, tardé mucho en coger el sueño; pero al fin lo cogí. ¡Y de qué manera! Debí de haberme quedado dormido sobre el corazón, porque tuve un sueño muy triste. Era de noche.

CEL. Naturalmente.

GUM. Digo que soñaba que era de noche. Una noche tormentosa. Los truenos retumbaban en el espacio. Los relámpagos, con su lumbre siniestra, iluminaban el horizonte.

CEL. ¡Atíza!

GUM. El silencio más profundo reinaba en esta



casa. Yo me había dormido ahí—cosas de los sueños—en la banqueta del piano, con la cabeza apoyada en el teclado. De pronto...

CEL.  
GUM.

¡Se cerró la tapa!  
No. Se abrió aquella ventana, y al resplandor de un relámpago vi que un hombre penetraba en esta habitación. Aquel hombre era García.

CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
CEL.

¿Quién?  
El afinador.  
Hay presentimientos.  
¿Eh?  
Nada; sigue.  
Quiero hablar y no puedo.  
¿Qué te pasa?  
Digo que quería hablar y no podía.  
¡Ah!

Una angustia horrible me oprimía la garganta. A los pocos momentos, aquel hombre se marchaba por la ventana, llevándose en brazos a mi hija... Hago un esfuerzo supremo, y lanzo un grito. ¡Ah! Ya era tarde. Los amantes habían salvado las tapias del jardín y huían a campo traviesa... Yo me lancé en su persecución, y ¡hala, hala! los sigo jadeante... La tormenta arreciaba... La lluvia caía á torrentes.

CEL.  
GUM.

¿Te pondrías perdido?  
¡Figúrate! Después de mucho andar, llegamos al borde de un abismo. Los amantes se detienen, y mi hija, con una voz lúgubre, que le salía de lo más profundo del alma, me lanzó el siguiente apóstrofe: «Padre mío, tú no me comprendes. Mi amor es de este hombre... De él ó de nadie... Pues te opones á nuestra dicha, busquemos en la muerte la unión de nuestras almas...» Y— ¡parece que lo estoy viendo!—se abrazaron estrechamente y se lanzaron al precipicio. Yo, loco de dolor, me lanzo tras ellos, y ¡pum! me caigo de la cama. En esto desperté.

CEL.  
GUM.  
CEL.

Es natural.  
Tenía todo este lado de la camisa completamente empapado.  
El sudor de la angustia.

GUM.  
CEL.  
GUM.  
CEL.  
GUM.

No; la botella de agua que estaba encima de la mesa de noche y que tiré al suelo durante la pesadilla.

La lluvia torrencial. (Riéndose.)

No te burles, Celedonio.

Pues hombre, me parece...

No hay sueño, por extraño que sea, que no tenga un fondo de verdad. Ya despierto, pensé en que no tengo más que una hija, á la que por este pícaro carácter, he tratado siempre con alguna aspereza; pero yo la quiero con toda mi alma, sí, señor, y por lo mismo no debo pensar más que en hacerla dichosa. El que su novio sea pobre no es razón para que yo me oponga á su felicidad. Haciéndome estas reflexiones, me quedé profundamente dormido, y entonces soñé...

CEL.

No, (se levanta.) no me cuentes más sueños, porque me basta ya con el anterior. (Gumersindo se levanta también.) En resumen, que te has ablandado y no te parece despreciable para yerno el afinador... (1)

GUM.

Celedonio, tú no eres padre.

CEL.

Creo que no.

GUM.

Tú no sabes lo que es ver á una hija, á quien se idolatra, arrojándose de cabeza á un precipicio.

CEL.

Nada, nada, que se casen. Puede que sea lo más conveniente.

GUM.

El ser afinador, no es ninguna deshonra.

CEL.

¡Qué ha de ser! (Paseando por la escena.)

GUM.

Parece que le estoy viendo saltar por aquella ventana.

CEL.

¡Y yo!

GUM.

¿Qué?

CEL.

Nada. Que se casen y que Dios los haga muy felices. (2)

GUM.

Si él es pobre, mi hija es rica.

CEL.

¡Claró! Y váyase lo uno por lo otro.

GUM.

¡Cuánto me alegro de que apruebes mi resolución! Si no es por tí, Dios sabe cuándo me hubiera enterado yo de esos amores. Pero chico, tú las cazas al vuelo.

(1) Gumersindo—Celedonio.

(2) Celedonio—Gumersindo.

REPOSICION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



- CEL. El que á mí me la dé...  
GUM. Pues á mí me la han dado, lo confieso; pero ahora en cuanto vuelva por aquí... (Muy cariñoso.)
- CEL. Puede que no vuelva.  
GUM. ¡Qué! Si con el pretexto del piano no sale de esta casa. Cuando le veas, haz el favor de sondearle... De la niña yo me encargaré.
- CEL. No, no sueltes prenda, sin que yo averigüe antes qué clase de pájaro es ese joven.
- GUM. Parece un infeliz.  
CEL. Sin embargo...  
GUM. Bueno, bueno. En tus manos encomiendo el asunto. ¡Bendito sea el momento en que se te ocurrió venir á Madrid!
- MARG. (Por la segunda izquierda.) ¡Buenos días, señor don Celedonio!
- CEL. Buenos días, señora. (Muy serio.)  
MARG. ¡Pero, Gumersindo, por Dios! Bueno se estará poniendo el chocolate.
- GUM. Voy ahora mismo, nena. ¡Cómo estaré que no me acordaba de desayunarme! No te marches que luego saldremos á dar una vuelta por ahí á que veas lo que ha crecido este barrio.
- CEL. Como quieras.  
GUM. En seguida despacho. (Vase por la segunda izquierda.)
- MARG. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?  
CEL. Nada.  
MARG. Ahí tiene usted los periódicos de la mañana. Yo con su permiso voy á arriba á mis habitaciones.
- CEL. Vaya usted con Dios. (Vase Margarita por la escalera.) Hay cosas que no pueden ser. Es muy guapa esta chica, demasiado guapa para un hombre como Gumersindo.

#### ESCENA IV

DON CELEDONIO. PEPE y RODRÍGUEZ por el foro derecha

- PEPE (Dentro.) Sí, señor, no ha salido todavía. (Entra.) Ahí está un señor que pregunta por el amo.

- CEL. Está desayunándose.  
PEPE Es el tío del novio de la señorita.  
CEL. ¿Sí? Que entre. (Hasta el criado está enterado de todo.)
- PEPE Puede usted pasar. (Vase Pepe.)  
ROD. Buenos días. (Con el puro en la boca.)  
CEL. Felices.  
ROD. ¿Da usted su permiso?  
CEL. Pase usted adelante. (Baja Rodríguez.)  
ROD. ¿Qué tal está usted? (Dándole la mano.)  
CEL. Bien, gracias. (1)  
ROD. ¿Y la familia? (Volviendo á darle la mano.)  
CEL. Sin novedad.  
ROD. Usted disimule que venga tan de mañana, pero es lo que yo digo: las buenas obras deben empezarse temprano. Ya estuve aquí ayer, pero no tuve el gusto de encontrarle. Tome usted asiento.
- CEL. Gracias. (Mirando á todas partes.)  
CEL. (¿Qué mirará este hombre?) (Sigue con la vista las miradas de Rodríguez. Este se sienta á la derecha de la mesa y Celedonio á la izquierda.)  
ROD. No está mal construido este hotel.  
CEL. Sí, no parece que está mal.  
ROD. Y mire usted que hoy se hace cada chapuza en Madrid... Hay hoteles que parecen de sillería y son de cartón piedra, créame usted á mí.
- CEL. Sí lo creo.  
ROD. Pero vamos á la cuestión.  
CEL. Vamos allá.  
ROD. Oiga usted, don Gumersindo, yo...  
CEL. Usted perdone. Yo no soy Gumersindo.  
ROD. ¿Que no?  
CEL. No, señor; soy un amigo suyo, pero muy amigo; puede usted hablar como si fuera con él.
- ROD. Usted disimule la equivocación; pero como yo no conozco á ese señor ni á su hija, á la que dicen que quiere ser mi sobrina; porque no sé si sabrá usted que mi sobrino y ella se entienden.
- CEL. Sí; ya estoy enterado

(1) Rodríguez—Celedonio.



ROD. El chico dice que no se ha atrevido á hablar al padre, porque teme que le diga que no; pero por eso vine ayer, y por eso vuelvo hoy, para decirle á su amigo de usted que mi sobrino es huérfano, pero que tiene un tío, que está presente, que le dará el día de la boda treinta mil duros contantes y sonantes.

CEL. ¿Sí, eh?

ROD. Yo soy soltero.

CEL. Y yo.

ROD. (Se levanta.) ¡Choque usted! Que sea por muchos años.

CEL. Lo mismo digo. (Vuelven á sentarse.)

ROD. A mi sobrino lo recogí de niño, cuando se murieron sus padres, y yo le he criado y yo le he dado educación, es decir, yo no, porque—no me avergüenzo de decirlo,—yo no estoy muy fuerte en esas cosas: pero le puse maestros para todo sin reparar en precios, y ahí le tiene usted ya hecho un hombre, con su carrera concluida y con un primer premio del Conservatorio.

CEL. ¡Caramba!

ROD. ¿Usted no le ha oído tocar el piano?

CEL. No, señor.

ROD. Pues es una notabilidad. A mí me da en casa cada *tabarra* que me vuelve loco, porque yo no entiendo una palabra; pero todos dicen que maneja el piano como nadie. El pobre es muy corto de genio.

CEL. Corto, ¿eh?

ROD. Sí, señor.

CEL. (¡Digo, si llega á ser largo!)

ROD. Yo no le he dicho una palabra de que venía á hablar con su suegro; pero como estos días le veo desmejorado, me dije: «Voy yo á hablar con ese señor y á decirle lo que viene al caso.»

CEL. Muy bien hecho.

ROD. El chico está loco *perdío* por la muchacha, créame usted. Anoche no quiso cenar, y en cuanto llegó á casa se metió en la cama porque dijo que le dolía la cabeza.

CEL. No me choqa. (Mirando á la ventana.)

ROD. Yo me alegro de que se haya fijado en esta

muchacha, porque me parece que aquí cae en blando.

CEL. (No muy en blando, pero en fin...)

ROD. Con lo que le señalen á la chica y lo que yo le doy al novio, pueden vivir como unos príncipes. ¿Verdad usted?

CEL. ¡Ya lo creo!

ROD. Conque... (Levantándose.)

CEL. Pero, aguarde usted. Ahora saldrá Gumerindo. (Se levanta.)

ROD. (Mirando el reloj.) No puedo detenerme. Luego volveré por aquí. Tengo que dar un vistazo á la gente. Estoy haciendo tres casas en la calle de Ayala...

CEL. ¡Hola!

ROD. Y si uno no vigila, marcha aquello como Dios quiere...

CEL. ¿Conque tres casas nada menos?

ROD. ¡Anda! En estos tres últimos años llevo hechas veintisiete.

CEL. ¡Qué atrocidad!

ROD. Conque hasta luego, caballero. (Dándole la mano.) Usted disimule que le haya dado esta lata.

CEL. ¡Quía, hombre! Si yo vivo de eso; de las latas. Que vuelva usted por aquí.

ROD. Volveré, volveré. Póngame usted á los pies de ese caballero...

CEL. ¡Eh!

ROD. Digo, no. ¿Ve usted? Ya he *metto* la pata. Ya sé que eso se dice á las señoras. A mí mándeme usted reconocer materiales ó cubicar unos cimientos, pero de esas cosas de etiqueta no entiendo una palabra. Quede usted enhorabuena.

CEL. Vaya usted con Dios. (Vase Rodríguez por el foro derecha.) ¡Usted lo pase bien! (Desde el foro.) ¡Qué barbaridad! (Bajando al proscenio.) Este hombre es un Rotchschild de americana y sombrero ancho. ¡Treinta casas en Madrid! Y el sobrino parece que no tiene tres pesetas; pero, es claro, como que se ha disfrazado de afinador para hablar con la muchacha... El chico debe de ser un punto de cuidado. ¡Pero yo los caso, vaya si los caso! Una proporción como esta no debe desaprovecharse.



### ESCENA V

DON CELEDONIO y DON GUMERSINDO, por la segunda izquierda.  
Luego JUANA

GUM. ¡Eal! Ya estoy á tus órdenes.  
CEL. Ven acá, hombre feliz.  
GUM. ¿Qué pasa? (1)  
CEL. ¡Lo que tú no puedes imaginarte! Tu hija te engaña.  
GUM. ¿Otra vez?  
CEL. El afinador no es afinador.  
GUM. ¿Cómo?  
CEL. Es un muchacho muy rico.  
GUM. ¿Eh?  
CEL. Inmensamente rico. Aportará al matrimonio treinta mil duros, y heredará con el tiempo treinta casas.  
GUM. Mira, Celedonio, yo te quiero mucho; pero, por lo mismo, no está bien que te burles de mí.  
CEL. Si no es burla. Si lo que te digo es una verdad como un templo.  
GUM. Pero, ¿hablas en serio?  
CEL. Muy en serio. Ahora acabo de enterarme de todo. Ha estado aquí su tío.  
GUM. ¿Qué tío?  
CEL. Un tío suyo.  
GUM. Pero, ¿de quién?  
CEL. De ese muchacho, del afinador. Ha venido á decirte que dota á su sobrino en treinta mil duros... Sí, hombre, sí. No pongas esa cara de estúpido.  
GUM. ¡Treinta mil duros!  
CEL. Ese tío es un tío muy ordinario, pero con un corazón que no le cabe en el cuerpo.  
GUM. Mira, vamos á tomar el fresco, porque me estás poniendo la cabeza lo mismo que un bombo. (Va á la cómoda y abre el cajón de arriba. Saca el pañuelo de seda, que se pone al cuello. El cajón queda abierto.)

(1) Gumersindo—Celedonio.

CEL. Pronto te convencerás. (1) (A Juana, que sale por la segunda izquierda.) Oiga usted, si viene una visita para el señor, que espere, que pronto volveremos.  
JUANA. Está muy bien.  
CEL. ¡Ah! Y si viene el afinador..  
JUANA. ¿Qué? (Asustada.)  
CEL. Que espere también, que tengo que decirle cuatro cositas.  
JUANA. ¡Ay, Dios mío!  
GUM. Eso es. Las bromas, pesadas ó no darlas.  
CEL. Te digo que no es broma. No seas majadero. (Cerca de la puerta del foro.)  
GUM. ¡Treinta mil duros!  
CEL. Y treinta mil casas, digo, treinta casas.  
GUM. Anda, anda y déjame en paz.  
CEL. (Nada. Que no hay quien le convenza.) (Vanse hablando por el foro.)

### ESCENA VI

JUANA y luego ELENA

JUANA. ¡Lo dicho! Han descubierto el engaño y me van á echar de mala manera.  
ELENA. (Por la escalera.) Diga usted, Juana, ¿no habrá vuelto todavía el jardinero? (2)  
JUANA. No lo sé, señorita. (Pero, señor, ¿por qué no habre hablado con franqueza desde un principio? ¡Después de todo, la cosa no tiene nada de particular!) (3)  
ELENA. ¿Qué le pasa a usted? (Que ha ido á la ventana.)  
JUANA. ¿Qué me ha de pasar? Que su papá me va á echar de casa con cajas destempladas, y tendrá muchísima razón. Y á todo esto, Manolo sin venir y yo sin saber qué ha sido del niño.

(1) Gumersindo—Celedonio—Juana.

(2) Juana—Elena.

(3) Elena—Juana.



ESCENA VII

DICHAS y GARCÍA. Este personaje tendrá en la frente, nariz y mejillas algunas tiras de tafetán obscuro, que le obligan á gesticular con frecuencia. Trae en brazos al niño, envuelto en un mantoncito

GAR. ¡Pchis! (Desde el foro.) ¡Juana!

JUANA ¡Eh!

ELENA ¡García!

JUANA Y trae el niño. (1) (Corriendo á recibir á García.)  
¡Hijo de mi alma! (Cogiéndole en brazos y besándole repetidas veces.) Pero, oye, ¿qué es eso? (Fijándose en la cara de García.)

ELENA ¿Qué tiene usted en la cara?

GAR. Unas tiras de tafetán que me pusieron en una botica.

ELENA ¿Se ha caído usted?

GAR. Sí. (Mirando á la ventana.)

JUANA ¡Valgame Dios! ¡Pero qué monísimo está!  
Mire usted, señorita...

ELENA A ver... á ver... Es precioso. (Le coge en brazos.) (2)

GAR. Mi misma cara.

ELENA Sin el tafetán.

GAR. Eso es.

ELENA Voy á enseñárselo á Margarita. ¡Rico! ¡Mónin! (Vase por la escalera, llevándose el niño.)

ESCENA VIII

GARCÍA y JUANA

JUANA Ya me tenías impaciente.

GAR. Hace un momento ví salir á tu amo y á ese señor forastero. Por eso me he atrevido á entrar. Más de dos horas he estado paseando por ahí con el niño en brazos, llamando la atención de los vecinos del barrio. Todos tenían algo que decirme. «¡Pobrecillo! Le ha

(1) Elena—García—Juana.

(2) García—Elena—Juana,

arañado su señora.»—decía uno—«No mire usted al chico, que le va usted á asustar»—replicaba otro.—Y hasta un mayoral del tranvía me dijo cuando pasaba: «¡Vaya usted con Dios, ama seca!...» En fin, que he estado haciendo el ridículo toda la mañana. (Volviéndose de pronto.) ¿Eh?

JUANA ¿Qué te pasa?

GAR. Que creía que venía ese señor forastero.

JUANA ¡Jesús qué caral! ¿Pero cómo te has caído?

GAR. No, si no me he caído. Me han tirado. Anoche, cuando entré por esa ventana...

JUANA Cállate: no conviene que las señoritas se enteren. (Mirando hacia la escalera.)

GAR. Es verdad.

JUANA ¿Pero has venido anoche?

GAR. Desgraciadamente.

JUANA Pues hijo, yo me asomé á ver si te veía; pero salió don Celedonio y me marché. Cuando volví luego te estuve esperando; y nada.

GAR. Claro, ¿qué había yo de asomar por aquí? Menudo susto me ha dado ese don Celedonio.

JUANA ¿Pues qué ha pasado?

GAR. ¡Friolera! Que me sorprendió ahí, en la ventana, y me tiró de cabeza sobre el macizo de rosales.

JUANA ¡Pobre Manolo! Ahora me explico lo de la cara.

GAR. Ese señor es una fiera.

JUANA ¿Pues sabes lo que me ha dicho hace un momento?

GAR. ¿Qué?...

JUANA Que si volvías por aquí que le esperaras.

GAR. ¡Un demonio!

JUANA Que tiene que decirte cuatro cositas.

GAR. ¡Quía! En seguida le espero yo.

JUANA Pero, ¿qué hay de la nodriza? ¿En qué habéis quedado?

GAR. En nada, en que me dijo: ¡Ahí queda eso! Me dejó el niño y se marchó tan fresca.

JUANA ¡Pobre Pepitín!



ESCENA IX

DICHOS. MARGARITA con el niño en brazos y ELENA. Las dos por la escalera

MARG. Tienen ustedes un niño hermosísimo. (1)  
JUANA ¿Verdad que sí? (Coge en brazos al niño.)  
GAR. Es favor que usted le dispensa.  
MARG. ¡Pero cómo tiene la cara este pobre muchacho!  
ELENA Es que se ha caído.  
GAR. No señora, es que...  
JUANA (Interrumpiéndole.) Es que le ha arañado la nodriza.  
GAR. ¡Eso es!  
MARG. ¡Qué atrocidad! Hay personas que son como fieras.  
GAR. Las hay, si señora, las hay.  
MARG. Pero ese pobre niño tendrá hambre.  
GAR. Se ha desayunado conmigo.  
JUANA ¿Sí?  
GAR. Se comió dos buñuelos.  
JUANA ¡Qué barbaridad! Dos buñuelos á una criatura de cuatro meses.  
GAR. Hija, si no tenia otra cosa. No habia de darle aguardiente.  
MARG. Vayan ustedes, vayan ustedes á la cocina y que le den unas cucharaditas de leche.  
ELENA Traiga usted. Yo se las daré. ¡Pero qué cara tan monísima! (Vase con el niño por la segunda izquierda.)  
MARG. Ya veremos luego si le buscamos una nodriza en el barrio.  
JUANA Muchas gracias, señorita. Dale las gracias, Manolo.  
GAR. Muchísimas gra... ¡Ay!  
MARG. Qué es eso?  
GAR. Estas tiras que me tiran de una manera horrible.  
MARG. ¡Pobre García!  
JUANA Anda, vámonos á la cocina.

(1) García—Juana—Margarita—Elena.

ESCENA X

MARGARITA. Luego RAMIRO por el foro derecha

MARG. Es una tontería que nos andemos con estos misterios. En cuanto venga Gumersindo le diré lo que pasa, y él y su amigo nos ayudarán a proteger á esta pobre gente.  
RAM. (En el foro.) Buenos días, Margarita. (Muy triste.)  
MARG. Buenos días, Ramiro. (Muy afectuosa.) ¿Qué tal desde anoche? (Dándole la mano.)  
RAM. Bien, gracias. Usted perdonará que venga á una hora tan...  
MARG. Para usted todas las horas son buenas. Siéntese usted (Se sientan. Ramiro en la butaca y Margarita en la silla de la derecha de la mesa.) Ya decía yo que usted no podía faltar. Tenía la seguridad de que vendría esta mañana. Como que le conozco á usted. (Mirándole cariñosamente.)  
RAM. (Tiene razón ese caballero. ¡Cómo me mira esta señora! (Avergonzado.)  
MARG. Pero, ¿qué viaje es ese?  
RAM. ¿Cuál?  
MARG. El de Santa Cruz de Tenerife.  
RAM. Pues... no lo sé.  
MARG. Don Celedonio nos ha dicho que se marchaba usted hoy mismo.  
RAM. Eso quiere él, pero yo...  
MARG. ¿Dice usted que eso quiere él?  
RAM. Sí, señora.  
MARG. Explíquese usted, porque no comprendo una palabra.  
RAM. (¿Y cómo le digo yo?... Pero no hay más remedio.) Margarita, yo desearía decirle á usted una cosa, en secreto.  
MARG. Pues aproveche usted la ocasión, porque estamos solos. Vamos á ver. ¿Qué le pasa á usted? (Acercando su silla á la butaca.)